

## AUTORRETRATO DE BLANCA

Por María Brandán Aráoz

–Marcos, quiero que me compres un objeto de arte. El primero que te salga al paso –me encargó mi tía Felisa.

– ¡Yo no soy ningún experto!

–Ya lo sé, pero tenés muy buen gusto y yo necesito adornar *urgente* ese rincón del living. ¡Es mortuorio!

Felisa no pedía las cosas, las ordenaba, con simpatía y sin ahorrar halagos. Además, era mi madrina y la persona que yo más quería en el mundo. Ella me había criado desde la temprana muerte de mis padres a los que ni siquiera recordaba. A Felisa no podía negarle nada.

Esa medianoche de fines de agosto finalizaba la exposición de antigüedades de la Avenida Alvear. Algunos hasta iban vestidos de época. Podía ser divertido. Me apuré para llegar a tiempo.

Al pasar por el hotel la vi parada ante una vidriera. La espíe por el reflejo: pelo negro recogido, vestido negro y largo, piel blanquísima y ojos luminosos. Rara y linda. Le calculé mi edad: dieciséis años, y muchos veranos sin pisar la playa. Ella se dio vuelta y me sonrió.

La seguí con disimulo. Caminaba despacio, parecía flotar sobre las baldosas. Lo extraño era que yo no pudiera alcanzarla, pese a que soy de paso rápido.

La chica se detuvo varias veces frente a las vidrieras donde se exponían pinturas y objetos de arte. No entró en ninguna galería, y yo tampoco. Soy tímido. Pensé en renunciar a seguirla y ocuparme del encargo de mi tía. Pero cuando iba a entrar en un negocio, ella se daba vuelta y me sonreía.

Cruzamos la Avenida Callao; ella me llevaba ventaja y la vi desaparecer adentro de un pequeño local de antigüedades. Corrí y entré

sin aliento. La chica de negro ya no estaba. Le di su descripción a un empleado. Me miró burlón y negó con la cabeza.

Enojado, decidí no seguir con el juego de las escondidas y empecé a mirar adornos y cuadros para mi tía Felisa. Ya estaba casi decidido por una naturaleza muerta, cuando la vi. Al lado de un biombo, de espaldas a la pared: el mismo vestido negro, la piel blanquísima, los ojos luminosos y la sonrisa. Se la señalé al empleado sin proferir palabra.

– ¿Le interesa? Es una pintora poco conocida.

–Me gusta.

–El cuadro viene con un certificado que garantiza su autenticidad, y un sobre lacrado que perteneció a la artista. Me lo entregaron así, pero si los papeles no le interesan...

–Me llevo todo.

El cuadro tenía nombre: Autorretrato de Blanca, y en una línea delgada cercana al marco, firmaba Blanca Asida. Era la misma chica que yo había visto al pasar el hotel, eran sus ojos, la misma piel virginal y la sonrisa que, una y otra vez, me había animado a seguirla.

No quise desprenderme de la pintura, decidí conservarla conmigo al menos esa noche. Necesitaba observarla a mi antojo, leer los papeles, acercarme al misterio. ¿Quién era esa chica que me había conducido al cuadro que la representaba?

Esa noche Felisa llegaba tarde, era su día de salida con las amigas. Me encerré en mi cuarto, desenvolví el Autorretrato de Blanca y lo colgué en un clavo vacío de la pared. Después abrí con precipitación el sobre lacrado, ansioso por descubrir el contenido. Encontré un cuaderno de hojas amarillentas y quebradizas, y empecé a leer con dificultad la primera página escrita con una caligrafía prolija pero borroneada en algunos párrafos; eran ilegibles el lugar, la fecha y la firma de la que apenas emergía una B.